

JUAN B. TERÁN

ESTUDIOS Y NOTAS

———— Edición de la ————
Revista de Letras y Ciencias Sociales



TUCUMÁN
REPÚBLICA ARGENTINA
1908

ESTUDIOS Y NOTAS

Al Sr. Dr. Du Saurin R. Fon-
galez, con la sola inten-
ción de un homenaje de
profunda consideración
y simpático, dedico ante
esta edición de páginas
juveniles.

Yuc. 2.1.903.

Franco V. Leraín

La tradición colonial

(A propósito de «La Villa Imperial de Potosí»
por Brocha Gorda.)

Llegaba á nuestras manos este libro en momentos propicio para nuestro espíritu, que peregrinaba anhelante á la sazón hácia el país fabuloso del alma colonial.

No hay espectáculo tan conmovedor como el de un pasado que se penetra en sus vulgares menesteres, en su realidad habitual, en la crónica reservada de sus sentires y pensares.

Produce una impresión alucinante como una resurrección, inquietante é imborrable como una posesión, á la vez, codiciada y temida.

Qué seducción insuperable, pensába-

mos, para un espíritu orgulloso de meditación y ambicioso de arte, poder asistir á la evocación de una vida social extinguida *ad eternum* en sus vibraciones más oscuras y profundas, en sus ritmos irreversibles, en sus horas irrevocables!

Lo que espera la evocación es un cosmo: el estado moral, las ideas y los estímulos de la vida, propios de una época salvaje, supersticiosa y desalmada á la vez, creada por el programa de la conquista que sus autores concibieron como un golpe de dados, en que se jugaba la vida contra un mundo virgen de tesoros inverosímiles.

Luego un sistema de pasiones, de intereses, ilusiones, creencias, una temperatura y ambiente espiritual tan dispares de los nuestros, tan sorprendentes á primera vista, pero tan expresivos de la misma alma humana esencial, origen de diátesis actuales que prestigiamos con exotismos que disimulan mal su viejo abolengo colonial.

Agregad el aspecto material de las cosas, de los hombres, de las habitaciones, del vestido,—comentarios pintorescos, incomparablemente insinuantes, de los

procesos interiores. La reja sólida, por ejemplo, de entre-claros mezquinos, la adarga y la espada mellada pegadas al cuerpo hablan de ataques nocturnos é imprevistos, de pendencias, de golpes, de sangre, de la vida como un feliz azar que se corre diariamente; el relicario y la cruz sobre el pecho, la fundación piadosa en el testamento (1), la capilla y orato-

(1) Un testamento, para hombres á quienes preocupaba la ultratumba, es el documento psicológico más sincero.

La lectura de estos documentos enseña las faces más vívidas de aquella época y es por sí sola, la que dá una impresión más nativa y pristina de su historia.

Leo, al azar, un testamento que conservo original, de después de 1700: «Item, dice el testador, declaro por mis bienes un par de pistolas con sus llaves española. Item una espada con su talabarte y evillas de plata.—Item una imagen de Nuestro Padre San Joseph con su cajón,—Item una imagen de Nuestra Señora de la Candelaria con su cajón, Item un crucifijo de plata mediano. Item un capote de paño de castilla, unos azules y otros acanelados. Un sombrero blanco extrafino. Una chupa de sempiterna azul guarnecida con franjas de plata y botonadura de lo mismo».

El testamento con su carácter de resumen total de la vida, como una autobiografía, ha desaparecido de nuestras costumbres. Se puede vivir, recorriendo sus páginas interminables y triviales, intensamente, la vida genuina de ese pasado. Se las vé salir de ellas con su decoración y aparato, con sus ademanes familiares, y sus gustos más secundarios, con su mezquina enumeración de baratijas, con sus provisiones infinitas, con su distribución de bienes, minuciosa y concienzuda, todo bajo la invocación de sus creencias religiosas y de los misterios que cree y confiesa «nuestra Santa Madre Iglesia».

rio omnipresentes (1) comentan el latir de corazones que sienten la vecindad ubicua de la muerte.

Luego pasarían en la evocación el aire fiero, el gesto imperioso de los capitanes—que se adivina acompañado de una exclamación de provocación y desafío, — con sus duros trajes adheridos y habituales á sus cuerpos como una epidermis, que se lleva desde meses atrás, cuando se partió de Lima acompañando al nuevo gobernador, ó al frente de un grupo heroico y bárbaro que se encarnizó con los primeros indios encontrados en ciegas correrías, y completando la escena, en el fondo del cuadro, la naturaleza hostil, hurafía, temible, misteriosa y fabulizada, y como teatro doméstico del actor, la ciudad, provisoria y miserable en sus muros, en sus casas, en sus defensas, como campamento que era de la caravana siempre en marcha, hácia las llanuras fértiles,

(1) Los conventos ocuparon en Lima la sexta parte de la ciudad: eran 27 con beaterios; sus rentas enormes. El convento de la *Buena Muerte* era el preferido, con mayores rentas, casi la tercera parte del total (Scrivener, *Revista de Buenos Aires* p. 64 y 65 tº. 5º).

hácia las costas de los rios, hácia el mar que lleva á Europa.

Por ellas desfilarian las frecuentes procesiones que presiden el Provisor ó los misioneros, para recibir la visita del Obispo, clamidado con aquel prestigio sobrenatural, que culminaba en la terrible excomuni3n, 3 para acoger al gobernador que llega y encarcelará ese mismo día á su predecesor, porque el gobierno efectivo no lo dá el lejano monarca sino la fuerza de las armas. La procesi3n se prolongará á veces por las desmedradas callejuelas 3 por los campos vecinos, en lenta teoríá sobre el fondo verdinegro y apacible de la montañá, en acci3n de gracias por alg3n milagro de los santos tutelares, seguida por el desigual rumor maquinal de los indios descalzos de las encomiendas, que sienten, desenyugados, el peso de la carga.

La montañá ha estado presente en toda la regi3n de las primeras fundaciones.

En la era del dominio de la tierra sobre el hombre, como aquella, la montañá flot3 como una amenaza, como un sueño,—refugio del indio y madre del oro, como un eterno horizonte, en los ojos

desmedidos y casi extáticos del guerrero.

La montaña, siempre cambiante como un ser quimérico: rojo refulgente en las albas, azul bruñido en los medio-días, turquí desleído en los lentos crepúsculos, pero indiferente como un dios, contribuyó con su imponentia, como el terremoto frecuente, la tempestad tropical, la superstición y sus fatídicas pesadillas á crear el quietismo de los pueblos fatalistas.

La colonia carece de belleza, su atractivo es un poco violento y excesivo para nuestro gusto por lo elegante y lo noble.

Careció también de aspectos espirituales, de estremecimientos artísticos, de idealizaciones á la manera de los mitos helenos ó esclavos ó escandinavos.

Las supersticiones, las fantasías, las concepciones sobrenaturales de la historia intelectual de la colonia están penetradas de cierto oscuro fatalismo, del demonismo de las teogonías indias, que proyectan sobre el hombre una persecución de proscripto ó culpable irredimibles, agravados por el contagio de las vengadoras y sangrientas divinidades indígenas.

No joyaron, pues, en el alma de aquella época la iluminación cordial y las alegres sugerencias de los mitos helenos, propios á enhiestar el busto y despertar la sonrisa de las beatitudes de la vida plena y ágil, de la naturaleza amable y normalmente dionisiaca, sino que se difundió en ella siniestra, desconcertante y hermética, la concepción de trascendentales misterios complicados, de normas implacables de conducta, de penas infinitas cuya preocupación absorbía la vida, sellaba de rebeldes tristezas las almas, atormentaba en la delectación de los más sanos placeres y azuzaba, con la prohibición y las sanciones inconmensurables, la excitación patológica del amor y los sentidos. (1)

II

En la procesión legendaria de visiones que suscita el drama descomunal y genésico de la conquista de América, en

(1) Cito como dato nuevo el de *La Gobernación del Tucumán* del doctor R. J. Cárcano, donde habla de procesos por bestialidades en el antiguo Tucumán.

el que no hay nada de las primitivas divinas claridades homéricas, porque es informe, selvático, trájico, asiático por sus pasiones y proporción--pasa distinta y singular la historia de la fastuosa Potosí, capital hormigueante de aventureros atraídos por la riqueza enloqueecedora de su mineral opulento, ruidosa y desordenada corte de blazones y de fiestas, de juergas y mercados, de violentos placeres y estupendas crónicas—bajo el ojo vijilante y poderoso de veinte y tantos conventos: extraordinario capítulo de esa historia de pasiones azuzadas por la sangre á que dieran su frenético ritmo la aventura y la guerra, exaltadas por la voracidad de largas abstinencias, y por locas y atormentadas esperanzas, expandidas en libre y salvaje juego, en estado de ébria satisfacción, desmedida y orgullosa, como en el siglo XV (1) italiano,

(1) Almagro el Mozo mató á García Alvarado atrayéndolo á un banquete, exactamente como Olivereto de Fermo ó Castrucci Castracani. El tesorero Riquelme hizo igual traición á Antonio Picado, denunciando el asilo que había buscado en su propia casa. No olvidemos la conducta repugnante de Pizarro con Atahualpa, que subleva los sentimientos de humanidad aún después de casi cuatro siglos; la de los Pizarro con Almagro; la de Pedrarias con Balboa.

pero sin Cellinis; de asesinatos y muertes pero de una brutalidad más primitiva, sin sútiles venenos ó dagas cinceladas, sin el relámpago siniestro del ademán felino y voluptuoso de César Borgia, (1) pero de iguales desbordes pasionales. de iguales violencias primitivas, de iguales desenfrenos heróicos. (2)

Aquel duelo de Alonso y Nuño de la Viezca con las doncellas de Pero Perez; el pujilato de Ordoñez y Villarroel

(1) Dos virreyes del Perú, es curioso observarlo, tenían la misma sangre que César Borgia—el príncipe de Esquilache y el Conde de Lemos eran descendientes de Rodrigo Borgia—Alejandro VI, padre de César.

(2) Bastaría para comprobarlo la historia de la conquista peruana—las batallas de Salinas, Chupas, en que se peleaba cuerpo á cuerpo, el asesinato de los Almagro, de Francisco Pizarro, de los conjurados de Almagro el Mozo, con Juan de Rada á la cabeza, los castigos de Vaca de Castro.

En la expedición de Diego de Rojas al Tucumán, sus segundos concluyeron matándose los unos á los otros; Felipe Gutierrez, Pedro de Heredia, Francisco de Mendoza.

Agustín de Zárate dice en la dedicatoria de su *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú*: no pude en el Perú escribir ordenadamente esta relación porque solo haberla allá comenzado me hubiera de poner peligro de la vida con un maestre de campo de Gonzalo Pizarro que amenazaba matar á cualquiera que escribiese sus hechos». Rivadeneira 3º *Historiadores de las Indias* pág. 459.

El conde Castellar casi fué asesinado en un templo. En medio de una procesión en Lima se produjo una sangrienta reyerta.

y sus parciales en las calles de Potosí, en el curso de una procesión, que concluye con la muerte de los dos rivales y no menos de 57 víctimas; las guerras de vascongados con andaluces, extremeños y criollos, llamadas de los *vicuñas*, sangrientas y largas con armisticios y treguas como las guerras privadas de ese siglo XV de que hablábamos; la macabra crónica de Don Juan de Toledo acompañado veinte años con la calavera de un rival á quien victimara,—narraciones todas del libro de Brocha Gorda—pintan con enérgico relieve una época de fuerza, de emociones simples y fuertes, del triunfo del instinto, pero nimbadas todas ellas con una orla de misterio y fantasía, propia de las frentes pálidas y los ojos arrobados de la herencia morisca.

A veces el aire oriental de las crónicas sube de punto y creemos estar delante de las relaciones del tiempo de Harum al-Raschid.

Ved las *Aves nocturnas*, por ejemplo. Unas jóvenes mercadas por un sicofante, quieren vengarse: en el sitio misterioso, en la galería subterránea, destinados á cultos afrodisiacos, junto con sus seduc-

tores y guardian, cierran la única puerta «que se abre solo de afuera», asegurando la venganza con su muerte. Años después, dice Martínez y Vela, cavando unos cimientos aparecieron en aquel lugar, dos esqueletos de mujer con sus chapines bordados de oro y aljófar.

La tradición del tesoro de Rocha (1) es igualmente expresiva; fabulosa como el de los encantamientos, ha quedado ignorado por siglos su secreto.

El plan de apoderarse del tesoro suscita la aparición de la cruel codicia castellana y de la heroica fidelidad india.

Potosí con Lima son los monumentos característicos de aquel siglo, y es en ellos donde algunos restos materiales, con la lucidez evocativa de las cosas, hacen descender sobre la humildad presente la gran sombra invisible del pasado grandioso.

El relato de Brocha Gorda está hecho con gracia, con arte, en purísimo estilo, con desden de nuestra «pretenciosa galiparla», en genuino castellano, lo que dá

(1) Semejante al del *Peje chico*, que relata Don R. Palma

á la narración una nueva y mayor sensación de arcaísmo que completa la sugestión del tiempo evocado.

La anécdota amorosa difunde una impresión de fiestas, de pebeteros, de esencias humeantes y capitosas, de vehemencias mortales y místicas, de celos sangrientos y crueles.

Aflora casi siempre en sus páginas una jovial y fresca sonrisa contagiosa, que es más del autor que de la época, tan grave, casi ascética.

Aparecen, sin embargo, bien claramente en ellas,—las que hablan del siglo XVI, á las que solamente nos referimos, pues nos hemos formado con ellas un libro dentro del libro,—los grandes resortes del sentimiento y de la acción, las pasiones, los móviles de aquella etapa, que definen su psicología y explican, como armonías fundamentales y simples, su sentido histórico.

De un lado el instinto ardoroso de guerreros y hombres prometidos á todos los riesgos, avivado por el ensueño diabólico de todas las fortunas, —idealistas y famélicos.

De otro lado la prédica y la regle

de la religión que deformaron ese instinto, lo domesticaron, preparando el advenimiento del sentimiento social, tolerante y pacífico. La misión religiosa tuvo, á despecho de sus errores y desviaciones, esa función esencialmente civilizadora (1)

Pero el fanatismo, el milagrerismo y la devoción, como fin, y no como manifestación del espíritu—forma degenerativa frecuente--privaron al carácter de energía, sinceridad y salud moral, desviándole hácia la sutileza que cubre una hipocresía, hácia la rebeldía silenciosa que ha renunciado á los ideales, hácia las aberraciones por donde se irrumpe en la extrema contención.

Época de fuerza y de licencia; mística y guerrera; de milagros (2) y de muertes; de desprecio de la vida y de preocupación de la eternidad; de pestes y

(1) El jesuita predicó aquí en el Tucumán, animosamente, contra el abuso de los encomenderos. Fueron expulsados de Santiago; por ello, se impidió su entrada en Concepción de Bermejo. La vida de los jesuitas Alonso Bárcena, de Viana, Romero, son edificantes. El misionero y la iglesia fueron indudablemente un freno.

(2) Es difícil no encontrar el relato de un milagro en cada página de la historia de la conquista,

miserias y plata y oro abundantísimo y del oro líquido del sudor gratuito de los indios; de torneos, procesiones, fiestas y pasión por lo pintoresco y el gesto (1) y también de heroicas misiones evangélicas, sublimadas por una sed inaplacable de martirio; de apasionados amancebamientos y acendrado ascetismo, de ambiciones materiales y sensuales, á la vez que de extrahumanas idealidades.

Es así que entre las costumbres escandalosas y libérrimas de Lima y Potosí, hubo florecido la historia de la niña Isabel, más tarde Santa Rosa de Lima.

Han sido aquellas, fuerzas directoras de nuestra evolución histórica, contradictorias, hostiles entre si, artífices primarios de nuestra genealogía moral.

(1) Corridas de toros, autos de fé, juegos de cañas.

Las ceremonias preocupaban como un negocio público.

El cabildo de Buenos Aires regla minuciosamente la ceremonia del acompañamiento del estandarte real en 1605: orden de colocación de funcionarios, quien ha de tenerlo cuando se lo bendiga ó cuando el alferes se apee, etc.

Sin embargo no era aquello un alegre pasatiempo: cualquier día levantarían sus sesiones por la nueva de que los indios charrúas habían tomado las balsas y la gente que iban á Santa Fé (*Acuerdos del cabildo*. Tomo 1 pág. 160, 203. 233).

De la acción de ellas, complicada, y cambiante, difícil de seguir en el encastramiento en que se confunden con otras sobrevinientes, ha surgido el presente.

Del quieto y medroso espíritu religioso y de la desilución en que remata el afán del oro, por ejemplo, nacieron la pereza y la añoranza, que se complacen en las sensualidades de la imaginación y de la palabra.

Del espectáculo de la fuerza triunfante, de la necesidad de la violencia para prevalecer, de la disputa armada por el poder y la tierra descubierta, nacieron como un instinto histórico, la tendencia á la anarquía y la necesidad del caudillo. (1)

III

El pasado americano, sobre todo el del siglo XVI, en que se constituyen los

(1) En las actas capitulares de Buenos Aires se habla frecuentemente del *cabdillo*, como gefe indispensable para el caso de guerra. La sedición contra Alvar Nuñez es una de nuestras revoluciones criollas.

incipientes núcleos sociales y aparecen los fenómenos iniciales de vida colectiva, económicos, jurídicos, morales, está todavía por estudiarse sistemáticamente. (1) Es un material histórico inexplorado y valioso: es la experiencia más moderna de formación *ab ovo* de una civilización completa, en que puede seguirse los procesos sociales elementales, la aparición de la propiedad privada como un acto de fuerza (2); el nacimiento del derecho como un menester ordinario (3); el curso del valor de las cosas según el trabajo incorporado á ellas cuando son escasos los brazos; el origen de las ciudades, que es la necesidad de la defensa; la prioridad enérgica del interés social que justifica el apoderamiento de las cosas particulares, la obligación de armarse, la prohibición de abandonar la ciudad á habitantes

(1) Es conocido el muy digno esfuerzo de la *Ciudad Indiana* del Dr. J. A. García hijo. Es lástima que la *Gobernación de Tucumán* del Dr. Cárcano haya quedado en sus comienzos.

(2) La conquista no era otra cosa.

(3) La entrada de extranjeros, el comercio con el Brasil, a pesar de las prohibiciones, son hechos notorios de la historia de Buenos Aires en el siglo XVII.

que son necesarios, ó herreros ó atahoneros ó cirujanos ó frailes; la previsión humana que se ingenia, en tanteos infinitos, para construirse el edificio social en que ha de vivir, lo más seguro y lo más feliz posible.

Este propósito exige la obra filosófica concienzuda y paciente de un Taine.

El material documentario es abundante; aunque yace, es cierto, gran cantidad de él, sepultado en olvidados archivos, en los armarios polvorientos que la estúpida codicia privada esconde sin cuidar.

El esfuerzo de nuestros estudiosos se pierde casi siempre en fatigosas comprobaciones de detalle, que son preciosos auxiliares, pero no serán nunca la historia misma.

Nadie ha hecho el cuadro completo de las luchas de la Iglesia con el Estado, que se batían despiadadamente, con sus episodios dramáticos, sus hábiles maniobras, su juego de pasiones.

Tampoco se ha hecho el bosquejo de la acción de la Iglesia, que fué la única fuerza moral durante la conquista, poniendo escrúpulos en las conciencias,

levantando los templos y capillas, que fueron los menos provisorios edificios, desarrollando con la predicación y sus palabras aladas, con las ceremonias vistosas y las imágenes pintadas los solos estímulos materiales que suscitaran en el conquistador y sus soldados las únicas sensaciones sociales y simpáticas, que no fueran las primarias de la presa del alimento y de la mujer, como en una segunda aparición del hombre primitivo.

No hemos leído tampoco la psicología del conquistador, y después la del colono, ignorante, enfático, orgulloso de su origen, y que formó, al azar, con la india ó la mestiza, el hogar que no presidió con inteligente cariño,—amo más que padre.

Luego queda la descripción de las costumbres, de las ideas corrientes, la crónica pedestre del oscuro y humilde laborar de las colonias incomunicadas y pobres, que roen filosóficamente su vida, sin ambiciones de glorias, sin arte, sin libros, pero, que vivieron el pasado de una gran civilización en marcha, á la que han transmitido la herencia de su sangre, de sus pobres ideas morales, de

su espíritu comercial—de todo el patrimonio, indefinible pero cierto, que hace reconocibles los hijos de tales padres.

Las tradiciones, las crónicas, las anécdotas son bosquejos de costumbres, decisivos y pintorescos á veces como un rasgo saliente de la fisonomía ó una frase peculiar, pero solo alcanzará á transfundir el alma íntima de una época, un esfuerzo á lo Anatole France, artístico, consumado, que encubra la fatiga como la muñeca púgil de un guerrero la bocamanga de encaje; romance ó memorias, impregnados esencialmente de esa alma; que hablaran como un sobreviviente inverosímil que se doliera, sin afectación y con nobleza, de los tiempos idos; que suscitaran emociones con el ambiente de su relato como las cosas íntimas de un muerto amado, en bellas palabras penetrantes, imágenes nuevas y finos análisis espirituales,—real siempre pero descubriendo y animando lo más recóndito, lo más conmovido, lo más infinitesimal de la realidad.

INDICE

	Página
La tradición colonial	3
Guillermo Ferrero	21
El estudio y el libro	38
Alberdi	49
Taine caricaturista <i>por M. de</i> <i>Unamuno</i>	66
Taine y su filosofía	79
El Imperio Jesuítico por Leopoldo Lugones	95
Naturaleza del language	122
Inmigración y delincuencia	152
Carta de Adolfo Révecin	172
Notas críticas—Fontenelle,	188
Facundo Quiroga por D. Peña	196
Tarde y Finot	204
Estadística é individualismo	217
Anotaciones marginales	232